

**N** PREMIO  
NADAL  
2022



**Inés Martín**  
**Rodrigo Las formas  
del querer**

DESTINO

# Las formas del querer

Inés  
Martín  
Rodrigo

Premio Nadal de Novela 2022

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1560

© Inés Martín Rodrigo, 2022  
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

Premio Nadal de Novela 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: febrero de 2022  
ISBN: 978-84-233-6089-5  
Depósito legal: B. 1.111-2022  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# I

El cortejo avanzaba demasiado lento detrás del coche fúnebre de color blanco. ¿Acaso no habían podido encontrar uno negro, como todos? Si seguían a ese ritmo, no habría nadie para cargar con los dos ataúdes cuando el conductor, un veinteañero que en su vida se había puesto un traje, aparcara en la entrada del cementerio. Esos eran los únicos pensamientos que en aquel instante ocupaban la mente de Ismael. Ni rastro de tristeza, aunque no tenía por qué sentirla. Pese a que esa noche apenas había dormido, no estaba cansado. Ni siquiera tenía calor, y eso que el verano recién estrenado ya hacía estragos aquel 21 de junio.

El día anterior se había reencontrado con Noray en Madrid. Su llamada lo había sacado de la incómoda duermevela matutina que te deja siempre una noche de insomnio, mientras cabeceaba delante del ordenador en la oficina. Hacía unos días que había regresado de su luna de miel con Estrella. Nada más aterrizar en su lejano destino, tras un vuelo larguísimo lleno de parejas acarameladas y algún que otro jubilado despistado, Ismael optó por entregarse a las

bondades del todo incluido, en especial las relacionadas con la ingesta masiva de alcohol en las comidas —cócteles de todo tipo, principalmente— y también en las cenas —el mismo vino blanco que el único camarero del resort con el que logró entenderse le recomendó la primera noche—. Era un estado bastante novedoso para él. No el de casado, que también, aunque a ese procuraba no darle demasiada importancia, como quien en la universidad comparte piso con un compañero que no plancha. Ismael se dejaba mecer por la ingrátida sensación de sentirse ebrio e intentaba disfrutarla sin reparar en que habría un día siguiente, y otro, y otro más. Una de las mañanas, la primera de su estancia en aquella isla en la que un par de nubes inquietas pretendían amenazar el reinado del sol radiante bajo el que los muchos extranjeros que allí se alojaban disfrutaban cociéndose, Ismael se despertó sudoroso y excitado. Acababa de soñar con Noray. No era la primera vez que le pasaba mientras Estrella estaba tendida a su lado, pero en esa ocasión algo de aquel ensueño, más bien pesadilla, lo sobresaltó, e Ismael trató de despertar hasta que, con mucho esfuerzo, consiguió despegar los párpados y abrir los ojos. Se levantó de la cama, cogió del minibar una botella de agua fría, con gas, pues parecía que allí desconocían que existía otro tipo, común y corriente, y salió descalzo a la terraza de la habitación. El turismo, del que vivían la isla entera y el resto de las diminutas ínsulas del país, obligaba a que todo estuviera dispuesto para su uso y disfrute bien temprano cada mañana, y aun así había días en los que algún turista llegaba a las instala-

ciones antes que el personal del hotel. Mientras el viento hacía volar las colchonetas de las hamacas de la piscina, Ismael miró a su mujer con la nostalgia de un tiempo pasado que le costaba visualizar en el futuro. Sabiéndose observada, Estrella simulaba dormir, con los ojos legañosos medio abiertos, tras echarlo en falta en la enorme cama que ocupaba el centro de la suite. Sus padres se habían empeñado en regalarles aquel viaje para que disfrutaran de la luna de miel; a Ismael la idea le horrorizó desde el momento mismo en el que Estrella se la había planteado, pero llevaba un tiempo dejándose llevar, boda incluida, y aquel fasto era la culminación del despropósito en el que había permitido que se convirtiera su vida, hasta que la muerte los separara.

Sin haberse desprendido aún de la visión de Noray en el sueño que terminó siendo pesadilla, aunque no recordara exactamente el motivo, Ismael entró de nuevo en la habitación y se acercó a su mujer. Estrella era hermosa, por dentro y por fuera. Su bondad a veces lo hería, porque sabía que no lograría estar a su altura, que nunca le daría la vida que ella le había regalado con una única condición: que dejara de ver a Noray, que la borrara de su vida, de su mente..., de su corazón. Lógico, por otra parte, después del espectáculo que esta montó el día de la boda. Y eso que Ismael pensaba que Estrella no estaba al tanto de todo lo demás. Tras la ceremonia, Noray se dio al vino que a ellos tanto trabajo les había costado maridar y con una cogorza monumental se lio, en mitad del convite, con el hermano de Estrella. El morreo de exhibición dejó

mudo al pobre muchacho, que luego no pudo hacer el brindis de honor que su padre se había empeñado en que protagonizara.

Con la boda finiquitada y el vestido de novia ya encaramado a lo alto del armario, donde se quedaría meses olvidado, Estrella fue tajante:

—Solo busca llamar tu atención, y lo consigues, siempre caes. Tienes que acabar con esto.

Ismael sabía que era un ultimátum y por eso al día siguiente a primera hora fue a ver a Noray. La pilló en casa de milagro, pues estaba a punto de salir hacia su pueblo. Hablaron poco, lo que pudieron dada la tremenda resaca de ella. Ismael le dijo que ya no podía seguir con aquella farsa y le juró que era la última vez que la veía. Sin darle tiempo para que dijera algo, cualquier cosa, tal vez las palabras que él tanto deseaba escuchar, se marchó dando un portazo, como había visto hacer infinidad de veces en las películas, con la misma forzada teatralidad, y regresó a casa con Estrella.

—¿Qué pasa, cariño?

La pregunta de su mujer, que se removía perezosa entre las sábanas, sacó a Ismael del incómodo recuerdo y lo trajo de vuelta al presente compartido.

—Nada, he tenido un mal sueño. Vuelve a dormir, anda.

Estrella cerró los ojos con tanta fuerza que casi se le saltaron las lágrimas que poco después, ya sola en la habitación, inundarían su rostro. Suspiró y no dijo nada. Sabía qué le pasaba a Ismael, qué era lo que lo atormentaba desde que había pronunciado el «Sí, quiero». Pero, incapaz de afrontar la verdad, por

mucho que le doliera vivir en una mentira, fingió un bostezo y se dio la vuelta buscando refugio en el sueño. Ismael la besó, cómplice en aquel embuste, y se metió en el baño. Tras verse reflejado en el espejo, con el rostro tan blanco como la cal, pues procuraba no salir de debajo de la sombrilla y cuando lo hacía se aplicaba por todo el cuerpo una crema con factor de protección cincuenta, le vino una arcada y vomitó hasta el último resto de la cena del día anterior. Cuando logró recomponerse, todavía con las piernas temblorosas por el esfuerzo, decidió ir a dar un paseo por la orilla, a salvo todavía de los ansiosos turistas que en cosa de una hora bajarían tras haber arrasado con el bufet del desayuno.

El viento seguía soplando con fuerza, lo que había ayudado a limpiar el horizonte, que ahora se vislumbraba azul, radiante y se reflejaba en el mar, extrañamente en calma pese a la ventolera. A Ismael le gustaba caminar, lo relajaba. Prefería hacerlo solo, como casi todo, en realidad. Hasta que conoció a Noray. Entonces pasó de ser el chico introvertido de la cafetería de la universidad, escondido siempre detrás de un libro, de un periódico o de lo que tuviera a mano, a convertirse en la sombra de ella, en su eco y su reflejo. En aquel transitar por un amor irracional, como lo son todos, se había perdido, había renunciado a ser él mismo, o lo que creía ser, y se había entregado a Noray. Abstraído en aquellas cavilaciones, Ismael no se dio cuenta de que había llegado al final de la playa. Levantó la vista, anclada hasta ese momento en sus pies, por los que resbalaba el agua tibia en un vaivén divertido, y vio a un grupo de gaviotas



en mitad del espigón que delimitaba aquel terreno costero. Se fijó en una de ellas. ¿Le sostenía la mirada o eran imaginaciones suyas? Se acercó más, todo lo que pudo, y ahí seguía la gaviota, observándolo retadora. Las demás habían vuelto a emprender el vuelo en busca de restos de basura o del bocadillo que no dudarían en robar de las manos inexpertas del niño que disfrutaba de su primera experiencia playera. Pero la gaviota de Ismael no se movía, y una extraña fuerza lo llevaba hacia ella. Llegó incluso a extender la mano para intentar tocarla, acariciarla, como quien se acerca a la cría de león que parece sonreír, dentro de la jaula, en el zoológico. Pero unos segundos después la gaviota desapareció. Ismael la buscó por los alrededores. Hasta se adentró en el mar, olvidando que llevaba puesta la camiseta del pijama. De pronto, una ola lo sorprendió y lo hizo caer. Ismael notó cómo el agua le inundaba la nariz, la boca, y se dejó mecer hasta que la propia ola, ya dócil, lo devolvió a la orilla. Tendido sobre la arena, tan suave que parecía serrín, Ismael tomó aire. Respiró hondo y profundo, sin ansiedad, paladeando el sabor de la sal, como cuando era un crío y echaba tragos de agua aprovechando los pocos despistes de su madre, vigilante siempre bajo la sombrilla y con su hermano a buen recaudo. Poco después, al abrir los ojos, allí estaba ella, la gaviota, a su lado. Lo miró, a modo de despedida, y reemprendió el vuelo.

Estrella aún dormía cuando regresó a la habitación. Al echar mano del móvil para matar el tiempo con el juego de la serpiente, lo único con lo que se entretenía esos días, vio que tenía una llamada per-

dida de Noray. Tras su último encuentro, la mañana después de la boda, Ismael pensó que habría borrado su teléfono de la agenda, como él se comprometió a hacer en un intento por convencerse a sí mismo, más que a su mujer, de que podría vivir sin ella. Por eso le sorprendió ver su nombre en la pantalla de aquel aparato que hacía nada había incorporado, obligado por el trabajo, a su rutina diaria. Solía olvidarlo en cualquier parte y Estrella le había advertido ya varias veces de que si no tenía más cuidado lo terminaría perdiendo. El caso era que tampoco le importaba mucho; Ismael solo lo utilizaba para comunicarse con su jefe y escribir, cuando se acordaba, a su madre, que había descubierto los mensajes de texto y se pasaba el día preguntándole qué había comido, si había visto la noticia que fuera en el telediarrio o contándole la última ocurrencia de su abuela Enriqueta. Sin hacer ademán siquiera de devolverle la llamada, Ismael borró su rastro de la memoria del teléfono, temeroso de que su mujer la encontrara. Fue la última vez que había visto el número de Noray en la pantalla hasta esa mañana de resaca insomne, en la oficina.

Durante unos segundos dudó si responder y a punto estuvo de rechazar la llamada, pero finalmente contestó. La conversación duró solo unos minutos. Noray no le dio muchos detalles. Nunca se los daba, aunque tampoco él preguntaba, porque sabía que con ella era difícil que hubiera respuestas concretas.

—Hola, Isma. ¿Cómo estás? ¿Qué tal os fue en la luna de miel? Te llamé hace días, no sé si lo viste... pero no me devolviste la llamada.

Noray nunca lo llamaba Isma, odiaba los diminutivos, le parecían una forma absurda de vivir sin querer abandonar la infancia, como los ingenuos niños perdidos, dispuestos a seguir a Peter Pan allá donde fuera, lo mismo daba que decidiera tirarse por un barranco. Fue una de las primeras cosas que le contó al poco de conocerse, una noche durante un concierto en un colegio mayor ubicado en la Ciudad Universitaria de Madrid. Ismael siempre se quedaba embelesado escuchando a Noray, sin importar de qué estuviera hablando. Quizá fue eso lo primero que lo atrajo de ella: su manera de hablar, distraída, sin mirar a los ojos de su interlocutor, concentrada en cada frase mientras se atusaba el pelo, ni muy largo ni muy corto, una media melena de un color rubio tostado, como las almendras garrapiñadas. Noray no era un nombre común, pero es que ella no era una chica corriente. Se notaba, de hecho, que se esforzaba en no serlo. Tenía la asombrosa capacidad, propia solo de quienes moldean las palabras como el panadero amasa el pan, con el mismo cuidado, conscientes de la fragilidad de su materia prima, de volver excepcional lo anodino, y las conversaciones con ella siempre se escapaban de la norma, ya fuera en mitad de un café o al salir de la filmoteca. Noray empezaba a hablar y nunca sabías dónde te llevaría la charla. Pero aquella mañana su voz sonó hueca, parecía uno de esos contestadores automáticos que te responden cada vez que intentas cambiar de compañía telefónica o dar de baja el agua al terminar una mudanza.

—¿Qué pasa, Noray? ¿Va todo bien? —Ahora el robot era Ismael.

Una de las cualidades que Ismael más valoraba era la claridad. No le gustaban los rodeos. Cuando había algo que decir, algo importante, algo que le preocupaba y no le dejaba dormir, presumía de no perder el tiempo, de ir al grano, mientras que la gente se perdía en circunloquios. Pero él no. Él hablaba siempre claro, ya fueran buenas o malas noticias. Y así fue, al menos, hasta que conoció a Noray. Ella puso su vida patas arriba y trastornó su inexperto corazón. Por eso Ismael había acabado casándose con una mujer a la que, por más que había intentado convencerse, obligarse, como si los sentimientos pudieran dirigirse, no amaba; porque tenía la sensación de que Noray no sabía lo que quería, lo que sentía, lo que buscaba... Noray siempre había sido un misterio para él, y eso era lo que lo volvía loco de ella.

Tras un cúmulo de frases inconexas, incluida la forzada pregunta de «¿Qué tal te va la vida de casado?», Noray se derrumbó. Pero no empezó a llorar. Desde aquella tarde, hacía ya tantos años que parecía una vida distinta, ajena, en la que sus padres les habían dicho a ella y a su hermana Clara que se separaban, Noray procuraba derramar pocas lágrimas, como si con cada una estuviera entregando un trozo de la fortaleza de su soledad, igual que la de aquel superhéroe del que se enamoró en su niñez y por culpa del cual perdió un par de dientes de leche. Esa aparente resistencia al llanto, al desahogo, Ismael la interpretaba como un trauma más de los muchos sin resolver que estaba convencido de que Noray acumulaba en su subconsciente. Pero ¿qué sabía él? «Qué gran psicoanalista se ha perdido este

país», bromeaba Noray, escondiéndose detrás del sarcasmo cada vez que Ismael intentaba ir más allá, sacar conclusiones de sus reacciones y comportamientos, para él inexplicables o, cuando menos, difícilmente comprensibles. Aunque aquello era distinto. Mientras su jefe lo reclamaba al otro lado del cristal de su despacho moviendo sus peludos brazos, visibles gracias a las camisas de manga corta que lucía como si fueran de seda, Ismael pensó que nunca había notado así a Noray.

—Tienes que venir a casa. Te necesito —le dijo ella.

—¿Pero estás en Madrid?

Cuando Noray se enteró de que Ismael se casaba con Estrella se instaló en la casa de sus abuelos, Tomás y Carmen, en su pueblo. Los adoraba, siempre estaba pendiente de ellos, y esa actitud suya tan protectora, esa entrega incondicional, despertaba a veces los celos de su madre, Olivia. Con sus abuelos, Noray mantenía una relación sana y disfrutable, de esas que padres e hijos nunca podrían tener porque los une un vínculo demasiado estrecho. Al saltar una generación, los lazos siguen existiendo, pero la presión sanguínea disminuye y es cuestión de dejar hacer sin exigir, ni esperar, nada a cambio.

—Sí...

Fue lo último que Noray le dijo antes de que el móvil le resbalara de las manos, aún con la llamada en marcha, y se arrodillara junto a la cama, en una maraña de sábanas que todavía no se habían desprendido de su olor. Ismael no le devolvió la llamada. Sabía que no serviría de nada. Noray no

contestaría y él solo conseguiría ponerse más nervioso. Fue a ver qué tripa se le había roto a su jefe y, después de contarle una milonga que vinculaba a su madre con una cañería rota, cogió un taxi y se dirigió al piso de alquiler en el que Noray vivía, en el barrio de Chueca.

El portero del edificio lo conocía y lo dejó entrar sin llamar al timbre. Subió las escaleras de dos en dos. Tan atolondrado llegó que ni esperó al ascensor, y eso que era un tercer piso. Una vez recuperado el aliento, Ismael llamó a la puerta un par de veces. Cuando iba a empezar a aporrearla, imaginándose lo peor, Noray abrió. Sin decir nada, se le echó en los brazos. Lo esperaba. Su olor almizclado, que ya había arrebatado a las sábanas y se había traído con ella, lo envolvió. Ismael se sintió tan feliz y desdichado, tan frágil que temió que si en ese momento se separaba de ella su cuerpo se rompería en mil pedazos y ya no sería capaz de recomponer el puzle en el que, de nuevo, se convertiría su vida. Pero Noray se apartó, invitándolo a entrar en el piso, y no pasó nada. Ismael siguió intacto, al menos por fuera.

—Han muerto —le dijo ella, y se dio la vuelta, dándole la espalda.

Al oír aquella frase, «Han muerto», a Ismael se le pasaron por la cabeza los rostros de todas las personas que Noray y él conocían y a las que, por la reacción de ella, seguramente ambos querían. Fue como eso que dicen que sucede cuando alguien está a punto de fallecer y su vida se le reproduce, durante unos instantes, cual nítida película de celuloide, pero en este caso protagonizada por otros. Incapaz de seguir

con aquella ruleta rusa mental que no sabía dónde terminaría apuntando, a quién, Ismael movió la cabeza en un gesto de negación casi involuntario y cogió a Noray de los brazos con toda la delicadeza que pudo.

—¿Quiénes han muerto?

Pero ella permaneció en silencio, con la cabeza inclinada hacia el suelo, observando, con la mirada perdida, el balanceo de las pelusas que se habían acumulado en el parqué después de varias semanas sin barrer ni pasar la aspiradora por el piso.

Ismael insistió, zarandeando esta vez un poco a Noray.

—¿De qué estás hablando, Noray? ¿Qué ha pasado?

Tampoco hubo respuesta. Ya bastante alterado, a punto de perder la calma que tanto trabajo le estaba costando mantener, Ismael soltó un grito cuyo eco se oyó en el enorme patio que circundaba el edificio.

—¿Me haces venir y lo primero que se te ocurre decirme es eso? ¡Joder, Noray!

—Mis abuelos. Están muertos, Ismael.

Volvía a llamarlo Ismael. Al menos las palabras parecían regresar a su sitio, aunque todo lo demás no encajara. A sus preguntas de cuándo había sucedido y qué había pasado, Noray respondió, al principio, con evasivas.

—Están muertos y punto. Tienes que ayudarme a organizar su funeral.

—¿Yo? ¿Y por qué no has llamado a Marta?

Como un animal herido, Ismael reaccionó dándo-

le a Noray donde más le dolía, aunque él no lo supiera. Noray pensó en su amiga, en el peso que cargaba a sus espaldas, y trató de rehuir la culpabilidad con una respuesta airada.

—Si quieres irte, vete.

—No, claro que no —recoló Ismael—. Pero... ¿y tu madre? ¿Y tu hermana? A ver, Noray, por favor, ¿quieres explicarte?

—Ellas aún no lo saben. Los han encontrado esta mañana en su casa... A su vecina Tere le extrañó no ver salir a mi abuelo al patio a coger las hierbas que le prepara siempre a mi abuela en infusión.

—¿Pero a qué hora ha sido eso? Si tú me has llamado cuando acababa de llegar a la oficina...

—Tere es una cotilla, ya lo sabes. —No, no lo sabía, pensó él—. Como te acabo de decir, le extrañó no ver a mi abuelo a la hora habitual, así que fue a ver si les pasaba algo. Llamó varias veces a la puerta y como no le abrían fue a por la llave que tiene... Qué sé yo, son cosas de los pueblos. Entró y los buscó por todos lados, hasta que se los encontró en la cama. Al principio pensó que estaban dormidos, pero... Tere me ha llamado a mí porque, como llevo un tiempo allí con ellos, conmigo tiene más confianza... Y, además, no soporta a mi madre. Mi abuela dice, bueno, decía, que siempre le ha tenido envidia, porque su hija no ha salido del pueblo en toda su vida, mientras que mi madre se sacó la oposición a la primera...

—¿Pero qué tiene que ver eso con la muerte de tus abuelos? —la detuvo Ismael, que empezaba a perderse en aquel relato tan disperso como disparatado.



—¡Y yo qué sé! Bueno, ya está bien, basta de explicaciones. Tenemos que ponernos en marcha cuanto antes. Mi tía Antonia, ¿te acuerdas de ella?, ¿una de las hermanas de mi abuela? —Claro que se acordaba, Ismael se acordaba de todo lo que Noray le había contado desde que se conocieron—. Bueno, pues ella y mi otra tía, Juana, se han empeñado en celebrar el velatorio en casa, así que a nosotros nos tocan los trámites con la funeraria. Mis abuelos llevan toda la vida pagando al Ocaso en una oficina de su barrio de Usera, así que valdrá cualquiera, supongo...

Superado el desconcierto inicial, y sin hacer más preguntas, Ismael siguió a Noray. Después de una búsqueda rápida por internet, se dirigieron a la primera funeraria que encontraron. El requisito principal era que estuviera lo más cerca posible de la casa de Noray, para no tener que coger el coche y ahorrarse así un tiempo precioso, dadas las circunstancias. Una vez allí, Ismael se sintió como el protagonista de una comedia de situación. Los recibió una joven extremadamente delgada, con uniforme, y empezó a enseñarles un amplio repertorio que incluía féretros de todo tamaño y condición: de la gama estándar a la alta y la ecológica, esta última con dos modelos «especialmente destinados a los clientes más exigentes», el Alma, en madera de paulonia; y el Mandrágora, en madera maciza de aliso. Y, si se trataba de un traslado internacional, también disponían del modelo Oriente, en madera de pino. Los precios, sin el descuento por pago en efectivo, iban desde los ochocientos hasta los cuatro mil euros. Tras escuchar

con atención, como quien ojea el catálogo estacional de una marca de muebles, Noray escogió un ataúd fabricado en madera de álamo con acabado en brillo y barnizado en color avellana.

—Sobre la tapa lleva una cruz de madera, un cristo metálico y una bocallave metálica también. El interior va tapizado en raso, con un cojín y un cubredifuntos.

Aquellas palabras a Ismael le dejaron mal cuerpo. Noray, en cambio, las recibió con una entereza que sorprendió incluso a la joven que los estaba atendiendo.

—Perfecto. A ellos les hubiera encantado. Su paseo favorito era el que termina en el viejo álamo, junto al Corchuelo. Procuraban ir cada domingo después de misa. En lugar de tomarse el vermú en el bar, cogían el hatillo y se iban allí.

Cuando sus pensamientos regresaron de allá donde estuvieran, probablemente bajo el viejo álamo, en el Corchuelo, Noray pagó en efectivo para que les aplicaran el descuento y se marcharon. «El Ocaso se ocupará del resto», dijo ella al salir de la funeraria, pero Ismael solo podía pensar en cómo era posible que Noray dispusiera de tanto dinero en efectivo. Lo máximo que él sacaba siempre del cajero eran cincuenta euros, unas ocho mil pesetas según el cálculo que seguía haciendo a pesar de que Estrella, sus padres y hasta su abuela Enriqueta se burlaban de su atavismo.

Ya de vuelta en casa, Noray debía llamar a su madre para darle la noticia, por lo que Ismael le propuso bajar mientras tanto a comprar algo de comida

al restaurante chino de la esquina, uno de los pocos que quedaban en el barrio, pues la mayoría ya habían empezado a trasladarse a Lavapiés.

—Puedo subir cerdo agridulce, que te encanta, y unos rollitos de primavera... Así te dejo intimidad para que hables con tu madre —le sugirió él, pero Noray se negó.

—Intimidad es lo último que necesito ahora y, además, no tengo hambre. Desde esta mañana el estómago me duele horrores —«Otra vez no, por favor, esta vez no», pensó Ismael—. Quédate, por favor. No sé si podré hacerlo sola, no sé si podré con nada de esto yo sola...

Noray se llevó las manos a la cara e Ismael, en un acto reflejo, acudió a abrazarla, pero ella se zafó y fue a coger el teléfono. Llevaba sin ver a su madre desde que se había instalado en casa de sus abuelos, según le explicó antes de marcar el número, el único de toda su agenda que se sabía de memoria. Ese distanciamiento, pensó Ismael, denotaba una frialdad impropia de su relación. Noray y Olivia tenían caracteres muy distintos, eso era cierto, pero entre ellas había una complicidad extraña y nada forzada, instintiva, donde los silencios no tenían cabida. Cuando sus padres se separaron, Noray se esforzó por adoptar, en la medida que pudo y sobre todo en el momento que pudo, una especie de papel de madre para con la suya, invirtiendo los roles preestablecidos, naturales, pero sin perturbar el equilibrio emocional de ninguno de los miembros de la familia.

Era Noray quien, con cada nuevo desengaño de Olivia, motivado siempre por cualquier tontería,

pues a todas sus citas les encontraba algún pero, consolaba a su madre cuando llegaba a casa. Pasado el primer trago, Noray enjugaba las lágrimas de Olivia, que al final terminaban siendo más fruto de la risa que del desconsuelo. Clara, su hermana pequeña, las observaba a una distancia prudencial, dolorosamente consciente de que aquella órbita que ambas sin proponérselo habían trazado a su alrededor a lo largo de los años era impenetrable, incluso para ella. Durante los días acordados que semanalmente debían pasar con su padre tras la separación, Alberto solía siempre buscar algún momento para preguntarles a sus hijas, desde una fingida indiferencia en el tono, cómo le iba a Olivia, qué tal se estaba apañando. Alguna vez incluso se le llegó a escapar, ante las atónitas miradas de Noray y de Clara, si su madre salía con alguien. Pero las hermanas permanecían siempre en un mutismo cauteloso, porque mantenían la secreta esperanza de que sus padres se reconciliaran.

Olivia tardó varios tonos en contestar. De hecho, Noray estaba a punto de colgar cuando, por fin, su madre respondió. No esperó mucho para decírselo, probablemente porque no sabía cómo hacerlo. Ismael oyó los sollozos de Olivia al otro lado del teléfono y se escondió tras la barra de la cocina, simulando buscar algo en el aparador que estaba encima del fregadero. «Me ha llamado Tere para decírmelo... Sí, sí, claro, imagino que antes habría hablado con las tías... Ellas no se atrevían a decírtelo, y me pidieron que lo hiciera yo... También, también lo sabe ya el tío Sixto... Sí, mamá, ya se han ocupado de todo,

hasta de avisar al cura... Don Eduardo ha dicho que no es necesario que pasen por el trauma de la autopsia, que bastante han sufrido ya, y está claro que ha sido un ataque al corazón, así que para qué marear más la perdiz... No, no le falta razón, la verdad... Pues sí, mamá, la vida y sus macabras casualidades, ¿qué quieres que te diga?... ¿Y qué quieres que haga, si se han empeñado en velarlos en casa?... Pues no tengo ni idea de si ellos lo dejaron dicho o no... Sí, el Ocaso ya está al tanto, hemos ido Ismael y yo... Pues porque sé que las funerarias te dan muy mal rollo... No, obviamente no son mi lugar preferido... Mira, no te he avisado antes para ahorrarte el velatorio, que sé que no soportas las costumbres del pueblo... ¿Pero cuándo te ha importado a ti lo que digan los demás?... Pues yo qué sé, habrán pasado allí el día, se habrán regocijado en su pena, habrán ido las plañideras del pueblo y ya está... Por lo visto, esta noche Tere y Manolo duermen allí, que dice la tía Antonia que a ellos nunca les han dado miedo los muertos... ¡Pues, hija, mamá, porque ya sabes cómo son las tías! La abuela siempre dijo que la única valiente de la familia era ella... Venga, deja de llorar, por favor... ¿Vas a estar tranquila esta noche?... ¿Seguro? ¿No prefieres que vaya a dormir contigo?... Bueno, lo que quieras. Mañana a primera hora Ismael y yo estamos en tu casa... Sí, viene Ismael... Sí, está aquí conmigo... No, no te lo voy a pasar... Pues porque no, porque no le tienes que decir nada. Lo que sí te voy a pedir es que llames a Clara, yo hoy ya no tengo fuerzas para más... Vale. Ah, y convéncela de que no coja un vuelo, es una

locura... Lo sé, lo sé, pero inténtalo... Está bien, hasta mañana.»

Al colgar Noray, Ismael pensó en cómo reaccionaría Clara cuando su madre se lo contara. Vivía con Carlos, su novio de siempre, en Edimburgo. Se trasladaron después de que una empresa de cazatalentos le ofreciera a Carlos un puesto imposible de rechazar, pese a que aún no había terminado la carrera de Ingeniería Informática. Los dos hablaban inglés mejor que la media curricular española y decidieron probar suerte allí. Clara esperaba que, como había prometido, Noray convenciera a sus abuelos para que se animaran a emprender aquel viaje que, según había contado siempre Carmen, se pirraba por hacer desde que Tomás se había jubilado. ¿Por qué Edimburgo? Pues vete tú a saber, tratándose de su abuela, que creía que el tartán era un pastel con mucho merengue, todo era posible. Pero los achaques siempre terminaban interponiéndose: que si hacía mucho frío, que si se iban a marear en el avión, que si se perderían sin saber inglés, que si la comida no les iba a gustar... Lo que empezó siendo un inocente argumento fruto de la pereza, pues ni Tomás ni Carmen tenían edad ya para aquellos trotes, terminó al final convertido en una dolorosa excusa para ocultar la verdadera razón de su negativa a viajar, que solo Noray conocía.

—Espero que a mi hermana no se le ocurra arruinarse comprando un billete en primera, que de esos seguro que todavía encuentra —dijo Noray.

—¿Y tu padre? ¿No le vais a decir nada? —le preguntó Ismael, extrañado ante la ausencia, física y emocional, de Alberto en todo aquel asunto.

—Está de vacaciones con Ana. —Su padre llevaba un tiempo viviendo con su última pareja, aunque Olivia nada sabía aún de eso y sus hijas habían decidido que, al menos de momento, su madre siguiera sin estar al corriente—. A Cuba se han ido, ni más ni menos... No le voy a fastidiar el viaje con esta noticia. Ya se enterará cuando vuelva.

Ismael asintió y se quedó inmóvil. Acababa de acordarse de Estrella. Con el trajín, no se había dado cuenta de que llevaba todo el día sin dar señales de vida.

—¿Qué pasa? —le preguntó Noray al ver que estaba ensimismado.

—Nada.

—No, nada no, Ismael, esa cara no es de nada.

—Es Estrella...

—Ya...

—No le he dicho nada, y no sabe dónde estoy.

—Pues vete, no me importa.

—No pienso dejarte sola. Pero tengo que llamarla.

—¿Quieres que sea yo la que baje a por esa comida china que te morías por probar hace un rato? —le preguntó Noray con sorna, e Ismael la miró con dureza, pues no se merecía aquellas palabras; ella se dio cuenta y dio marcha atrás—: Anda, baja a tirar la basura, que lleva dos días muerta de risa en el cubo, y aprovechas para llamarla.

Ismael accedió a la propuesta de Noray. Cogió la bolsa de la basura, extrañamente vacía, y bajó a la calle. Tras el bofetón de calor con el que lo recibió la noche madrileña, se sentó en el pequeño escalón que

separaba la puerta de la acera, sacó el móvil del bolsillo trasero de los pantalones y vio como parpadeaban tantas llamadas perdidas de su mujer que no quiso ni contarlas. Cerró los ojos, tomó todo el aire que los treinta grados le permitieron y marcó el número de Estrella.

Al poco rato, Ismael llamó al portero de Noray.

—Tendrías que haber cogido las llaves —le dijo ella tras abrirle.

Ninguno quiso hablar de la conversación que Ismael había tenido con Estrella. Noray se despidió con un apático «buenas noches» y se metió en su habitación. Ismael se descalzó, se desvistió, quedándose en calzoncillos, y se instaló en el sofá. Estaba seguro de que pasaría una noche toledana, y no precisamente por el calor o porque el sofá fuera incómodo, que no lo era, como había tenido ocasión de comprobar muchas veces en situaciones bien distintas pero igualmente tórridas. En un intento por olvidar la charla con su mujer, cuyas palabras resonaban en su conciencia como un taladro, volvió a pensar en Noray y en Clara. Ismael sabía que, en el fondo, Noray esperaba que su hermana acudiera al funeral; con ella sería más fácil afrontar lo que viniera a continuación, fuera lo que fuese.

Pero Clara no apareció a la mañana siguiente.

Tanto Noray como Olivia hicieron caso omiso de las normas no escritas del pueblo, que en esta situación en concreto establecían ir de luto riguroso el día del funeral y, si se podía, también las semanas siguientes, al menos hasta que las campanas volvieran a tocar a muerto. A su lado, Ismael parecía un ofici-



nista, como así era, pues, sin tiempo para pasar por casa —ni ganas, por temor a cruzarse con Estrella—, llevaba la misma ropa que el día anterior, cuando recibió la llamada de Noray en su despacho.

Llegaron al pueblo —fueron en el coche de Olivia, que se empeñó en que su hija no condujera aquel día— con el tiempo justo para pasarse por la casa de Tomás y Carmen, donde el velatorio estaba a punto de acabar. Ismael se fijó entonces en el coche fúnebre estacionado en la puerta.

—¿Te has dado cuenta? ¡Es blanco! —le susurró a Noray mientras entraban.

—¿Y qué más da del color que sea? —le respondió ella. Acto seguido le soltó la mano; sin darse cuenta, se la había cogido al salir del coche.

Todos los vecinos estaban tan metidos en sus papeles, los hombres por un lado y las mujeres por otro, separados incluso por estancias, que ni siquiera cuchichearon al percatarse de la ausencia de Clarita, y de que Alberto tampoco había acudido a las exequias. Los únicos comentarios fueron las típicas frases de pésame —«Te acompaño en el sentimiento», «Que Dios los tenga en su gloria», «Que su alma descanse en paz»—, que Olivia y Noray recibieron asintiendo. «Ayer, al poco de sonar las campanas y correrse la voz desde la casa del cura, la gente empezó a traer montones de platos, guisos, docenas de huevos, para que sobrellevemos la pena. Ya sabes, prenda, es la costumbre», escuchó Ismael que su tía Antonia le decía a Noray, con los ojos como platos al observar la mesa de la cocina rebosante de comida. Nunca la había visto así, ni siquiera cuando

sus abuelos volvían de la compra semanal, que hacían en el pueblo de al lado tras haberse acostumbrado a esa gran superficie que al principio habían mirado con recelo.

Ismael se escabulló del velatorio y salió justo cuando los dos féretros estaban siendo introducidos en el coche fúnebre por la puerta de atrás de la casa, por el patio en el que, cada mañana, Tere veía a Tomás coger las ramitas de poleo para la infusión de Carmen. Su mirada huyó de la imagen de los ataúdes y se quedó clavada en el blanco reluciente del Mercedes enviado por la funeraria.

Acabada la misa, y después del pésame multitudinario que la familia recibió a pie de iglesia, Ismael, todavía absorto en lo inapropiado que le resultaba aquel color tan neutro, se colocó en una discreta tercera fila. Poco después, el cortejo fúnebre, encabezado por Noray y Olivia, echó a andar detrás del vehículo. Su paso casi sincronizado recorriendo la carretera de gravilla que llevaba al cementerio era tan lento que parecía que el tiempo, para ellas, se hubiera detenido.